

¡Ay, tú, Señor, le diste esa ladera  
que en un álabe dulce se derrama,  
miel secreta en el humo entredorado!

¿A qué tu poderosa mano espera?  
Mortal belleza eternidad reclama.  
¡Dáde la eternidad que le has negado!

### Sueño de las dos ciervas

¡Oh, terso claroscuro del durmiente!  
Derribada las lindes, fluyó el sueño.  
Sólo el espacio.

Luz y sombra, dos ciervas velocísimas,  
huyen hacia la hontana de aguas frescas,  
centro de todo.

¡Vivir no es más que el roce de su  
[viento?  
Fuga del viento, angustia, luz y sombra:  
forma de todo.

Y las ciervas, las ciervas incansables,  
flechas emparejadas hacia el hito,  
huyen y huyen.

### Amor

¡Primavera feroz! Va mi ternura  
por las más hondas venas derramada,  
fresco hontanar, y furia desvelada,  
que a extenuante pasmo se apresura.

¡Oh, qué acesar, qué hervir; oh, qué  
[premura  
de hallar, en la colina clausurada,  
la llaga roja de la cueva helada,  
y su cura más dulce en la locura!

¡Monstruo fugaz, espanto de mi vida,  
rayo sin luz, oh, tú, mi primavera,  
mi alimaña feroz, mi arcángel fuerte!

¿Hacia qué hondo sombrío me convida,  
desplegada y astral tu caballera?  
¡Amor, amor, principio de la muerte!

### Destrucción inminente

¿Te quebraré varita de avellano,  
te quebraré quizás? ¡Oh, tierna vida,  
ciega pasión en verde hervor nacida,  
tú, frágil ser que oprimo con la mano!

Un relumbro fugaz, sólo un liviano  
crujir en dulce pulpa estremecida,  
y aprenderás, oh, rama desvalida,  
cuánto pudo la muerte en un verano.

Mas no; te dejaré... Juega en el viento,  
hasta que pierdas, al otoño agudo,  
tu verde frenesí, hoja tras hoja.

¡Dame otoño también, Señor, que siento  
no sé qué hondo crujiir, qué espanto mudo!  
¡Detén, oh, Dios, tu llamarada roja!

